

¿Crisis económica o política?

Miguel Ignacio Purroy

Lo que este pésimo gobierno de Chávez le ha añadido al actual ciclo recesivo ha sido simplemente más virulencia destructiva. El gasto público se ha vuelto más ineficiente a causa del colapso de la administración pública más inepta y corrupta de la historia venezolana. La fuga de capitales ha sido más intensa debido a las amenazas revolucionarias contra la propiedad privada. Los venezolanos han decidido mantener en bolívares apenas lo indispensable para sus transacciones diarias.



an estruendoso es el ruido político que apenas se percibe el fragor del deslave económico que está en proceso. Uno de los subproductos de la actual politización aguda es la visión de la economía como un simple apéndice del avatar político, para bien y para mal. Para no andarnos engañando conviene preguntarse qué tanta responsabilidad tiene la crisis política en la gestación de la crisis económica. Casi todo el mundo da como un hecho que toda la culpa la tiene la conflictividad política y la pésima gestión del equipo económico, que han ahuyentado la inversión privada y han fomentado la fuga de capitales. Si ello fuera así, nuestros problemas económicos desaparecerían como por arte de magia una vez suplantada esta pasadilla de gobierno chavista. La inversión florecería de nuevo, reabrirían las fábricas, crecería el empleo, se revaloraría el bolívar y nos lloverían créditos externos como maná. Lamentablemente, en la vida real ni la bestia es tan fea ni la bella es tan linda. Ni la crisis económica es totalmente criatura de este gobierno chavista, ni el cambio de gobierno nos va a sacar del hoyo. Ayudará mucho, sin duda, pero los problemas económicos de fondo ahí seguirán.

La misma historia, más virulenta

Es bueno entender que la recesión actual no es inédita en Venezuela, que en su origen están los mismos problemas estructurales que condujeron a recesiones anteriores. Chávez se ha encargado simplemente de ponerle más pimienta al guiso, pero los ingredientes básicos son los mismos: auge petrolero, expansión excesiva del gasto público, sobrevaluación de la moneda, inflación, devaluación, contracción petrolera, recesión.... En el fondo, tenemos el mismo gravísimo problema de la pro-ciclicidad de una economía, que depende excesivamente

de la exportación petrolera, que cuando los ingresos petroleros repuntan (años 2000 y 2001) el gobierno eleva el gasto público y ancla el tipo de cambio, que al reducirse la producción petrolera (año 2002) el resto de la economía también entra en recesión y cae el empleo. Ante cada nueva contracción cíclica, el gobierno no suele ser capaz de ajustar el gasto público y busca sustituir la merma de ingreso fiscal petrolero con devaluación y utilidades cambiarias, haciendo que el fantasma de la inflación reaparezca indefectiblemente.

Una película ya vista. Recordemos los episodios de recesión y ajuste del pasado cuarto de siglo: 1977-78, 1982-83, 1989, 1996, 1999. Cada uno tiene sus peculiaridades, por supuesto, pero en todos ellos hay procesos de auge y contracción petroleras, expansiones y ajustes del gasto público, sobrevaluación y devaluación de la moneda, inflación y desempleo. En este año 2002, el PIB petrolero se va a contraer en cerca del 10 por ciento y la economía total caerá en no menos del 6 por ciento. Cada vez que se producen contracciones petroleras de esta magnitud, la economía entra en recesión. Dos son las vías de transmisión: en el ámbito de lo productivo, la reducción de actividad en el sector petrolero afecta directamente a una cuarta parte del PIB e indirectamente a otra cuarta parte. Y en el ámbito de lo fiscal-cambiario, la caída del ingreso petrolero obliga a ajustar el gasto público. Este año el gasto será un 12% inferior en términos reales al gasto de 2001. Esta reducción, sin embargo, no será suficiente para cubrir la brecha, por lo que el gobierno se ha visto obligado a devaluar el bolívar y a aumentar los impuestos. Ambos mecanismos de financiamiento público representan extracción de recursos del sector privado hacia el Estado, lo cual contribuye a agravar la recesión.